

UNA ANÉCDOTA DE GAYARRE.

En el año de 186... actuaba en el Teatro de Z., pequeña ciudad de Italia, una compañía de ópera que contaba sólo con un cuarteto para el desempeño de las principales partituras.

Un público entusiasta del divino arte, é inteligente como lo son en general los hijos de la patria de los grandes maestros, aplaudia diariamente á los artistas y llenaba las localidades del coliseo.

Anunciada la primera obra de Donizetti *Elixir d' amore*, el tenor se siente indispueto; y no teniendo tiempo para adquirir otro que le reemplazara, se piensa en suspender la representacion anunciada, cuando del cuerpo de coros se adelanta un jóven, que se ofrece á cantar la parte de tenor en sustitucion del enfermo. Una homérica y general carcajada acoge tal oferta, y el pobre jóven, avergonzado y humillado, se retira á su modesta vivienda entre la burla y chacota de de sus compañeros.

No pararon con su ausencia las invectivas y sarcasmos que se dirigieran al pretencioso corista que de un salto se proponía elevarse á tenor de cartel, por lo que en un café próximo al Teatro censurábase la petulancia del *povero spagnolo*, frase con que designaban al que habia hecho la oferta referida.

La casualidad hizo que en una mesa próxima se hallasen sentados dos acaudalados hijos de la noble España, quienes al escuchar las diatribas que se dirigian á un compatriota, siquiera fuese desconocido, salieron á su defensa, sosteniendo que si un español se habia ofrecido á cantar *Elixir d' amore*, era sin duda porque sabria salir airoso de su empeño.

Enterados del domicilio donde el corista moraba, corrieron los españoles en su busca, hallándolo desesperado, lamentando su suerte y

sin poder hallar el desagravio á la ofensa que se le habia inferido, desechando su desinteresado ofrecimiento.

A los pocos segundos demostraba el corista á sus compatriotas que no se habian engañado al juzgar sus facultades, y yendo en busca del empresario y respondiendo del éxito, consiguieron al fin que aquella noche se cantara la ópera anunciada.

Llegó el momento: el corista, ataviado con los lujosos vestidos del que el primer papel desempeñaba en la citada ópera, esperaba emocionado el instante de la prueba. Se levanta ya el telon, cuando un ordenanza del telégrafo llega á los bastidores del escenario y entrega al nuevo tenor un despacho de España, en el cual se le decía:

«A Julian Gayarre. Tu madre ha muerto.—Gregorio.»

En aquel instante se le empuja al escenario, y arrasados los ojos, y con el alma partida por el dolor, comienza el ária *Una furtiva lágrima*.

Aquella música interpretada por aquella voz y en aquellos momentos en que el sentimiento se desbordaba del corazon del artista, produjeron un efecto maravilloso; nadie se da cuenta de lo que escucha; nadie ha oido cosa semejante; el público electrizado se levanta insensiblemente, y al concluir la última nota, no es entusiasmo, es delirio lo que se siente y expresa.

La ópera concluye, y espectadores, orquesta y compañeros, todos acompañan á su humilde morada al tenor, cuya reputacion está ya hecha, y cuyo dolor en aquellos momentos es tan grande como el triunfo conseguido.

Así empezó Gayarre. Lo que hoy es, no hemos de decirlo nosotros. El eminente é inimitable tenor navarro ha conseguido en el Teatro de la Opera en París lo que nadie ha logrado; porque nadie ha llegado tampoco á donde él alcanza.

(De *La Voz de Guipúzcoa*.)

